

ANGEL C. ESPEJO

# El Partido Radical, Sus Obras y sus Hombres



— SANTIAGO DE CHILE —

IMPRENTA "SANTIAGO"

□ □ ESMERALDA 872-876 □ □

==== 1912 ====

cogimiento preparatorio de una confesión de culpas, que Blasco Ibáñez tenía razón y que había levantado con mano experta y valerosa el manto de plomo que ocultaba la forma pesada y arcáica de la *rutina*.

La rutina en sociedad, la rutina en política, la rutina económica y financiera y aún la rutina artística, que no nos hace avanzar sino con trancos de pigmeos, era el gran descubrimiento de esa hora de valerosa inspiración para el tribuno.

La juventud chilena agradeció el consejo, guardando la frase del escritor y orador radical en el estuche de oro de sus recuerdos.

Y siempre que haya algún motivo para conmoverse con un ideal y para agitar una bandera, y para tocar el clarín de alarma y congregar en la comunión de las ideas á los que amen ser fuertes en la lucha por la vida, se recordará entre nosotros que, para valer algo y trabajar eficazmente por la Patria, es necesario golpear con fuerza en esa montaña que pesa sobre las conciencias de los chilenos, y despedazar, como á golpes de pica, la formidable rutina que amenaza ó retarda nuestro progreso.

## II

El mismo Blasco Ibáñez, en su primera conferencia, al hablar de la muerte del «Quijote» y reproducir aquella escena admirable, la más triste de la obra de Cervantes, tuvo una frase de la cual es

necesario tomar nota: «que el cura representaba en España el espíritu mezquino y el sentimiento burgués».

En España como aquí, y en Bélgica sobre todo, el partido retrógrado se apoya en este elemento de resistencia, que es tan medioeval ahora como en los tiempos de «Don Quijote».

El progreso tiene una fuerza enorme de resistencia en este país. Pero la fuerza mayor, a veces inabordable, es la Curia.

El hecho de que la política esté vinculada á la religión, es uno de los factores más contumaces de nuestra falta de viabilidad en el adelanto de las instituciones y en el robustecimiento de las fuerzas sociales que ayudarían, de otro modo, á una acción enérgica en el sentido del bien.

Creemos aún más: que la voluntad de resistir es mucho más intensa que la de atacar.

Las ramificaciones de la Curia son enormes. El Arzobispado es una pequeña República dentro de otra República; y á menudo sucede que sus elementos en juego valen más que los del Estado.

Y se comprende. El Arzobispado cuenta, gracias á los fondos que dadivosamente le otorga el Estado, con un cuerpo de funcionarios de orden permanente, acatadores de una política que jamás cambia de rumbos. Tienen estos empleados una tradición inalterable y luchan con la esperanza de conseguir los bienes terrenales y celestiales.

Miéntas tanto, el Estado, que no alienta una po-

lítica definida, cambia constantemente á sus funcionarios, ó los hace vegetar injustamente, ó los somete á regímenes en que no es dable esperar ni compensaciones terrenales ni celestiales.

No hay una tradición de gobierno; y, en los vaivenes de los partidos, el empleado público chileno, vacila en su fé partidaria, oscilando como una vetaleta, de la Coalición á la Alianza y vice-versa. La mayor parte de ese personal inestable y mal pagado, no tiene criterio formado sobre las ventajas ó desventajas que acarrearían á las instituciones las campañas reformistas, los buenos impulsos de gobierno, las generosas iniciativas privadas, en una palabra, el concepto del bien les llega muy débilmente y no les impresiona. Se contentan con servir á un amo que nunca se hace presente para imponer su voluntad con fines armónicos y permanentes.

En tiempos pasados, cuando el gobierno era un sistema político con tendencias definidas y los Poderes Públicos desarrollaban su acción en campos deslindados, el Presidente de la República y sus ministros marcaban rumbos y hacían desaparecer á fuerza de constancia y de valor en la lucha, muchas de esas resistencias al progreso que ahora parecen insalvables.

El liberalismo puso al frente del cura de aldea—representativo del atraso, de la mezquindad de propósitos—al preceptor, al farmacéutico, al abogado y al médico, y, en general, á todo hombre de progreso vinculado por ideales ó por tradiciones á la

administración liberal y á la enseñanza científica. La batalla parecía ganada, al finalizar el Gobierno de Santa María, quien dió órdenes terminantes á sus agentes para apresar á todo cura que tratase de desprestigiar las leyes de secularización.

El sentimiento liberal de aquellos tiempos felices venció las resistencias al progreso que le oponía la Curia con todos sus funcionarios, parásitos sociales que chupan la mejor sangre del cuerpo de la Nación.

Pero de repente vemos que estos curas de aldea se levantan de nuevo por obra de encantamiento, tonifican sus fortunas manejando los fondos del Estado, fabrican diputados y senadores, clericalizan en forma irritante al conservantismo y llegan hasta apoderarse de una industria que ántes constituía casi el único apostolado de los hombres de ideales: el periodismo.

Es el clero batallador un peligroso factor que ha sido aventado de todas partes, porque el eclesiástico carece de capacidad moral para dirigir á las sociedades; y viene imponiéndose en los negocios, en la política, en la sociedad.

Ya casi no existe una institución medianamente poderosa en que no aparezca la mano furtiva de un batallador de la Curia.

Los curas pasan á dirigir grandes empresas periodísticas, á dictar la pauta á los directorios políticos, á informar las tendencias conservadoras, y en su insolencia llegan á la insensatez de querer dic-

tarnos hasta un padrón de sentimientos y de imponer reglas al buen gusto literario y artístico, pretendiendo formar una Literatura y un Arte de su exclusiva técnica, agrado y resorte.

¡El rincón tenebroso en donde se debaten las miserias de la sotana y de la pollera pecaminosa, irradiando moral, sentimiento, estética; un elemento parasitario apoderado de las mejores energías, imponiendo rumbos; el Partido Conservador ahogado por una trepadora; y, por sobre todo, la tendencia clerical—que no tiene más patria que Roma—insolente, atrabiliaria, apoderándose de todo lo que tiene alguna sávia, para inyectarle su espíritu de atraso, su mezquindad y su grosero instinto burgués!

Esé es el cuadro que por este sombrío capítulo ofrece el país.

El dominio que el clericalismo ejerce sobre la mujer es una cuestión de otro orden y que afecta directamente á la sociedad manejada por los hombres responsables de las funciones del Estado.

Cuando la ignorancia y la cobardía impera en los que tienen la sagrada misión de amparar la integridad de la familia y la paz del hogar, no es raro que se produzca el fenómeno de contemplarse á la Iglesia invadiendo—como siempre lo ha hecho—el campo de las conciencias y ramificando su acción disolvente en los intereses terrenales.

Dueños de la conciencia femenina—por medio del confesionario—participando de todos los secre-

tos del hogar, les es fácil á los secuaces de la Iglesia apoderarse uno á uno de los peldaños que conducen á la cima de la autoridad sobre un pueblo compuesto de hombres sin valor para sostener su fé.

El ilustre doctor español Roberto Novoa, que ha compilado con una erudición y un buen criterio admirables todos los argumentos de los hombres de ciencia modernos sobre la indigencia mental de la mujer, después de acumular las pruebas suministradas por la anatomía, por el exámen de la sensibilidad y por la demostración fisiológica, llega á las siguientes conclusiones:

«Puede decirse que en la sociedad se han diferenciado dos tendencias defensivas, representadas una por la inteligencia del macho, y otra por la fecundidad de la hembra. El macho, con su cerebro, es el defensor activo, el inventor, el descubridor, el que hace más llevadera y dulce la vida, gracias al botín que arranca á la Naturaleza en el combate que contra ella sostiene; y la hembra, con su organización subordinada al supremo fin de concebir y albergar en sus entrañas las futuras existencias, que vendrán á reemplazar á los luchadores fenecidos, es el resorte sostenedor de la especie. Quizá pudiera decirse que el macho defiende *en el espacio* y la hembra *en el tiempo*.»

Entre las pruebas suministradas por la anatomía se señala en primera línea la que se refiere al peso de los cerebros masculino y femenino; éste es infe-

rior; y si la gran mayoría (1) de las mujeres, según Bebel, aparece menos inteligente que la generalidad de los hombres, sería debido á que su género de vida, la educación, etc. refrenan el desarrollo y manifestaciones de su alma; en el cerebro de la mujer existe una semilla capáz de germinar y de dejar en la sombra las actividades del sexo opuesto, pero que si no se ha desarrollado y florecido, fué por falta de abono, de calor y de luz.

Se ha probado que en el cerebro existen territorios, centros que no están en relación inmediata con el trabajo de la mente; los centros de la sensibilidad, por ejemplo; y otros muchos campos cerebrales que estén en relación con funciones puramente orgánicas, vegetativas, no juegan más que un papel secundario en la actividad de la psiquis; además de los territorios á donde concurren las impresiones del ambiente ó de las que emanan los impulsos para mover los músculos, existen otros á los que está el psiquismo más íntimamente enlazado; estos últimos son los llamados centros de asociación, en los que se conservan, funden y combinan las imágenes—de esos centros superiores—que en el desenvolvimiento histórico de los organismos no aparecen hasta los últimos eslabones, es de los que depende la riqueza espiritual; y son precisamente las partes del cerebro correspondientes á es-

---

(1) Roberto Novoa.—La indigencia espiritual del sexo femenino.

tos centros las que, según se desprende de Rudinger, obran sobre el centro del lenguaje y según se infiere de los resultados obtenidos por la medición de los diámetros de la cabeza en los dos sexos, se encuentran menos desarrolladas en la mujer (1).

El clero, concedor de la capacidad mental de uno y otro sexo, ha dirigido entre nosotros el campo de su actividad á dominar al elemento femenino, y se dice, con cierta razón, que teniendo el reinado de éste podrán alcanzar el más difícil: el del hombre. Las órdenes van impartidas desde el confesionario.

Cuando se trata de sociedades prematuramente caducas, es fácil hincar su garra á los parásitos sociales que han sido tan admirablemente caracterizados por Vandervelde en su maravilloso estudio sobre las diversas clases de Parasitismo.

Siendo el sacerdote un individuo improductivo en una colectividad eminentemente productora como la sociedad moderna, debe vivir constantemente en acecho para crear y desarrollar intereses al rededor de la Iglesia; y de ahí el poder maravilloso que adquiere la confesión, sobre todo de los moribundos; y de ahí, también, el influjo enorme del consejo y de la tuición intelectual y moral que

---

(1) Como Bebel indica con razón, uno de los elementos estéticos de la mujer lo constituye la frente baja y algo deprimida, y de aquí que la moda, algunas veces en armonía con la estética, obligue á las mujeres de frente espaciosa á disimularla con peinado á propósito.

ejerce la jente de Iglesia sobre la mujer y sobre los seres débiles ó enfermos

Apoderándose, además, de la educación de la juventud—por medio de las Congregaciones y de las escuelas parroquiales subvencionadas por el Estado liberal!—preparan de vigorosa manera las huestes bien *entrenadas* que mandarán definitivamente al asalto de la ciudadela que no hemos sabido mantener, para hacernos reaccionar á los más tenebrosos tiempos del atraso colonial en que no era posible emitir una opinión ni leer un libro sin permiso de la Curia ó del Tribunal de la Inquisición.

¡Allá vamos!

¿Qué no hay un Intendente que persigue, á título de pornografía, toda publicación ó libro que vaya contra el sentimiento ó las tendencias clericales?

Es indecente debelar los vicios y los crímenes de la gente de sacristía y el mostrar una llaga social horrenda—como es el sátiro que se encubre tras del altar hasta donde llegan á orar los corazones más puros.

Un periodista radical ha sido, en estos tiempos de libre exámen, arrastrado á la cárcel y vejado y sometido á juicio porque atentaba á la libertad de imprenta mostrando el asqueroso proceso á que, según los cánones, se somete por el sacerdocio católico á la confesión auricular.

Ha habido funcionarios judiciales que se han prestado á la comedia indigna de sentirse alarma-

dos por lo que se decía en letras de molde y que no era sino la débil síntesis de lo que todo el mundo propala en el hogar, en el club y hasta en la escuela: la inmoralidad religiosa del púlpito y del confesionario, traducidas en el lenguaje pornográfico que siempre ha sido corriente en los falsos secuaces de Cristo.

La unión de todos estos trabajadores de las sombras es vigorosa. Van hácia un fin: el dominio espiritual y económico del pueblo.

Obedecen á un solo jefe.

No tienen sino una consigna; resistir el Progreso.

No saben mirar sino hácia un punto: ¡á Roma!

Dentro de esta disciplina férrea combaten á todo partido ú hombre de progreso.

Las trabas sociales y económicas á aquellos espíritus emancipados, se multiplican y surgen especialmente en el mundo de los negocios en donde la Iglesia tiene tentáculos poderosos.

Los cobardes se entregan, los débiles abdican, los batalladores son vencidos en una lid en que el enemigo tira á mansalva.

#### IV

Mientras tanto, veamos lo que pasa en los partidos liberales.

Nunca la política chilena se había sentido más falta de rumbos.

La crisis de hombres es abrumadora.

Se podría estimar que la carencia de ideales determina esta falencia en que parecen caer violentamente agrupaciones que hasta ayer se sentían con capacidad bastante para gobernar en forma integral y digna.

El gobierno de un país depende más de las ideas que de los hombres.

Éstos se suceden en el constante rodar de los acontecimientos. Pero las proyecciones de las doctrinas políticas, son como los ideales económico-sociales: abren en las sociabilidades ancho surco por donde cruzan después generaciones enteras con sus anhelos de progresos.

Si los hombres fallan en ese caso, queda tras ellos una como escuela que viene á servir después para corregir errores y enmendar rumbos.

Pero cuando no hay esos ideales de progreso, difícil es formr de repente una ideología que pueda pilotear á las multitudes por el buen camino.

Es en esos momentos de indecisión y de perversión de los rumbos morales de un pueblo, cuando el personalismo hace su obra de zapa y llega á imponerse con sus atropelladoras audacias.

El país se desconcierta más y más en la vulgar politiquería. La alta política—la de los saludables ideales—es la única que puede dignificarnos.

Con la difusión de los conocimientos, la política no puede ser lo que era en otros tiempos, la obra del caudillaje y la satisfacción del medro personal